



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11815

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
no.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 29 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Las fiestas de Murcia

Van á ser de primera. Encomen-
dada la organización de las mis-
mas á personas que saben lo que
llevan entre manos y que se esti-
mulan para hacerlo mejor, no hay
detalle que quede descuidado ni
aliciente que no se tenga en cuenta.

El programa es selecto. Aparte
las fiestas religiosas que se cele-
brarán en la vía pública y que
llamarán poderosamente la aten-
ción, algo por el adorno y mucho
por la riqueza artística de las imá-
genes que irán en los tonos, se ha
echado el resto en las profanas,
en honor de la gente forastera que,
de la capital de España y de la re-
gión que baña el Segura, llenará
esos días la ciudad de las siete co-
ronas.

Ofrécennos los murcianos una
hermosa batalla de flores que será
cuando menos como la del año an-
terior, es decir buena, pues no pa-
rece sino que esa fiesta crece pa-
ra que la sultana del Segura en-
contrase motivo de ofrecerse a los
ojos extraños en el apogeo de sus
explendores.

Solo por presenciar ese festejo,
cuadro hermosísimo, palpitante de
vida, con derroches de luz y de
color, puede hacerse el viaje, no
en tren botijo, sino en tren ex-
preso.

Mas, si amen de esa fiesta culti-
sima nos ofrecen el fantástico es-
pectáculo del Entierro de la Sar-
dina, cada vez más atrayente, á
medida que va siendo más sun-
toso, no es posible resistir la
tentación de ir á admirar las her-
mosas carrozas y los vistosos gr-
upos de que se forma ese espectá-
culo. Y no ya en tren botijo donde
se sacrifica la comodidad á la ba-
ralura, ni en tren expreso sacrifi-
cando el bolsillo á la comodidad,
sino en carro de violín ó en carro-
mato vinatero, zarandeado á placer
y molido sin consideración, se

puede... no, se debe! realizar la
caminata por recrear la vista en
fiestas tan brillantes.

Pero no es eso solo. Es que, por
contera de esos espectáculos, pre-
paran los murcianos otro sensa-
cional y español de abolengo. Se
trata de una corrida de toros con
bichos de primera y toreros de
clase superior.

Esa fiesta recide al más reacio.
¿Celebrarse en Murcia corrida de
toros y no asistir á ella los carta-
generos? ¡Imposible!

Hay que hacer el viaje para ver
esas fiestas; hay que ver la batalla
aun pasando por la exposición de
recibir algunos proyectiles; hay
que ver el Entierro para decir á
los que no lo vean todo lo de no-
table que tendrá este año; hay que
entrar en la plaza de toros para
ver las gallardías de Fuentes y los
actos de valor del Algabazo.

Los murcianos conocen su ne-
gocio. Han confeccionado un ex-
pléndido programa de fiestas y han
dispuesto tres trenes botijos. Y
desde las columnas de la prensa,
que les hace inmejorable propa-
ganda, se dirigen á los madrileños,
cartageneros y lorquinos diciéndo-
les:

—¿Ustedes gustan?

Y serán pocos los que rehusen
acudir al llamamiento que hacen
los murcianos. Ya lo veremos
cuando rompan la marcha los bo-
tijos.

TIJERETAZOS

Desdoble y leo:

«Al grano.»

Bien hecho. Los demás que re coman la
paja.

El Imparcial ha recibido el siguiente te-
legrama de Zaragoza:

«El vecindario reclama que se ponga co-
to á las demasías que vienen cometiendo
por los ladrones desde hace bastante tie-
po.»

Hombre, si, que no aprieten tanto esos

cacos y traton á los aragoneses con consi-
deración.

Y de paso que se hace esa advertencia á
los ladrones, suprimase la policía en Zara-
goza.

Con ello, irá ganando lo que cobra por
hacer un trabajo que no da fruto.

Dice El Nacional:

«Lo primero que debe hacer el Gobierno
es sanear los municipios.»

Y dice el Heraldillo hablando de este te-
ma:

«Todo es hipocresía en los que piden la
remoción y la conservación; los unos invo-
can la pureza administrativa, y los otros la
autonomía municipal, y, sin embargo,
lo que en realidad quieren todos es ejercer
el monopolio y la influencia del Poder lo-
cal.»

Eso lo ven hasta los ciegos.

Y es un resorte que de puro gastado re-
sulta ridículo.

Dice un colega de los caídos:

«Ya que sean inevitables los inconve-
nientes de los períodos electorales, importa
atenuarlos, primero acortando todo lo
posible la duración de esos períodos de
verdadera interinidad y luego imponiendo
á las autoridades una neutralidad completa
en la lucha de los distintos candidatos. El
sacrificio de algunos amigos, por sensible
que resulte, puede ser un gran bien, au-
mentando el prestigio de la mayoría y la
autoridad del Parlamento.»

Muy bien dicho.

¡Si no hay cosa mejor para hacer á los
hombres razonables que ponerlos en la opo-
sición!

Y si no ¡cuando se le ocurrió á La Epoca
darlo al Sr. Dato el consejo que da ahora
al Sr. Moret!

Y no es que entonces no pasara lo que
ahora le extraña á La Epoca.

Pero le cogía del lado que todo lo resul-
taba bien.

PARÉNTESIS

MARINA

Del inmenso Océano
una pequeña roca se destaca,
resto de un continente
que en muy lejano tiempo allí se alzara.

Su aspecto es miserable,
á compasión inspira su desgracia;

es un grano de arena
perdido en el desierto de las aguas.

El mar á sus orillas
por el dolor, al parecer, quebradas,
llega á veces sumiso,
á veces imponente la amenaza.

Y la insensible roca,
con el tiempo y el mar en lucha aciaga,
poco á poco se rinde
y su cuerpo se merma entre las garras
de los dos enemigos implacables
que, sin cesar la atacan.

Así sigue la lucha,
hasta que el fiero embate de las aguas
á su fondo la arroja
terminando una lucha necesaria;
En la que bien pudiera
verse otra lucha que, en la vida humana,
sostienen el progreso
y las costumbres de la edad pasada.

A. Aguilera y Arjona.

Madrid.

¡CÓMO HA DE SER!

Quedamos en que nuestra voz se ha per-
dido en el vacío. Hemos obtenido el mismo
resultado que si hubiésemos hablado á las
arenas del anchuroso Sahara.

Está bien; pero conste que no nos ma-
nifestamos ofendidos, porque á nosotros
tanto nos da que se haga la procesión de
la mañana como que se quede dentro de la
iglesia.

Actuábamos de Quijotes en defensa de
agentes interesados; pero cuando estos cierran
los oídos á los mejores argumentos, no va-
mos á ser más papistas que el papa. ¡Si
sabrán ellos lo que les conviene!

¡Tontos de nosotros que creímos que la
procesión de la mañana era fuente de se-
guros ingresos para multitud de industria-
les!

La verdad es que había motivo para
equivocarse. Nosotros creíamos que esa po-
blación que la noche del jueves al viernes
de la Semana Santa llena los cafés y otras
tiendas de menor cuantía—por no decir
tabernas—y esos chicos y grandes que lle-
van llena de caramelos la ventruda pechuga
y esa multitud de forasteros que pasa aquí
la noche en vela, prefiriendo ingerir en el
estómago lo que había de pagar por pupila-
je, constituían un negocio para los cafés,
tabernas y confiterías, amén de otras indus-
trias que, cual la panadera, realizan los in-

grosos en relación de los consumidores.
Pero no era cierto; padecíamos un lamen-
table error y queda deshecho con esta cam-
paña procesionista que hemos realizado.
Cuando los gremios no han correspondido
es que no hay tal negocio.

Quedamos en que no hay procesión de la
mañana.

Quedamos también en que estábamos
equivocados respecto á los resultados econó-
micos de dicha procesión.

Y quedamos también en que rendidos á
la evidencia de que no estábamos en lo
cierto, lamentamos haber perdido el tiempo,
prometiéndolo no hacerlo más.

UN CONVENCIDO.

Teatro Principal

Gran noche la de ayer y al mismo tiem-
po noche triste, como de despedida. Se al-
zaba el telón por última vez para que la
señora Guerrero se ofreciera en todo el apo-
geo de su grandéza artística y á admirarla,
á aplaudirla, á rendirle homenaje de entu-
siasmo, acudió el público que ha llenado el
teatro durante el abono.

La señora Guerrero solo necesita de su
arte para arrebatar; pero anoche el público
que acudió á admirarla y aplaudirla vió en
ella también á la mujer caritativa, que jun-
tamente con su esposo, el eminente actor
Sr. Díaz de Mendoza, ha hecho objeto de
sus atenciones al establecimiento benéfico
preferido de los cartageneros, y le tributó
una doble ovación, dirigida la una á la ar-
tista eminente y la otra á la mujer de sen-
timientos exquisitos.

De tres obras se componía el programa
de anoche: *Mancha que limpia*, del eminente
dramaturgo D. José Echegaray; *En lo
oscuro*, del genial poeta y querido amigo
nuestro D. Vicente Medina y del cuadro
íntimo titulado *Mensajero de paz*, escrito
expresamente por D. Eusebio Blasco para
las primeras figuras de la compañía que
anoche monopolizaba los aplausos del pú-
blico, es decir, para la señora Guerrero
y el señor Díaz de Mendoza.

En todas ellas; en cada uno de los acto-
de las mismas y en todas las escenas en que
tomaron parte los artistas que dan nombre
á la compañía que ha actuado en el Princi-
pal, fueron aplaudidos, menudeando las la-
madras á escena.

La señora Guerrero estuvo verdadera-
mente sublime, especialmente en el cuar-

Pero sobre todo eso he pensado en V., en sus ideas,
paradojas y doctrinas, en todo cuanto me ha dicho...
en el desprecio de V. al dinero, que me ha contagiado...
y por fin, renuncio... Decididamente, influye
V. demasiado sobre mí.

—¿Yo?... Vamos, soy un imbécil y siento en el alma...
Yo creía que eso no se pagaba... ¿Pero seguramente
soy yo?... —Si, V. mucho... y un poco él...

—¡Ah!

—Un poco, M. Lemeuniers... Cuando yo sentía que
la fortuna se me subía á la cabeza y tenía ciertas
ganas de llegar á ser Mad. Lemeunier... le miré...
y el otro día me lo dijo usted con harta exactitud...
me sentí mujer, como no puede formarse idea... Por
más que le daba vueltas y vueltas... veía que era
bueno ese hombre por todos cuatro costados... Bajo
este punto de vista, no podía compararse con M. Re-
verchon ni con los demás. Figúrese usted que me
decía: «Señorita, ya sé que no la agrado; pero déje-
me ver si con el tiempo la desagradó algo menos...»
Era verdaderamente conmovedor, y hubo momentos
en que se me antojaba decirle: «¿Quiere V. que lle-
remos un poquito juntos?» Afortunadamente, quan-
do más ganas tenía de llorar, la vista de papá me
daba ganas de reír... Tenía un rostro tan extraño,

—¡Oh! Pero eso es ya una especialidad...
—Es el décimo cuarto nada más... todavía es un
buen término medio... Y V. es quien me lo ha hecho
desbaratar.

—¿Yo?... ¿Y cómo así?

—Renata se levantó, hundió las manos en los bo-
lillos y recorrió el salón de un extremo al otro. De
vez en cuando se paraba y hacía una pirueta sobre
un talón.

—¡Oh!—añadió—¡si le dijese á V. que he renun-
ciado dos millones!

—¡Lo habrá V. mirado mucho!

—No diría á usted que no me tentase... pues no
se debe una fingir más fuerte de lo que es... y con
usted no haré comedias... Por un momento estuve
muy indecisa... M. Barousse era quien había ar-
reglado el asunto... Aquí me aconsejaban mucho...
sobre todo mamá y Enrique, que no me dejaban un
momento... Y yo también, no dejaba de soñar un
poco... y he pasado dos noches sin dormir á pensa...
Esos millones quitan el sueño. También debo decir,
con justicia, que pensaba mucho en papá... por lo
orgullosa que se habría puesto y lo que hubiera dis-
frutado con mis 100.000 libras de renta... ¡Es tan
vanidoso para mí! Recuerda V. su célebre frase...
¡Un yerno que dejase subir en ómnibus á sus hijas!

pardos y brillantes. La luz le daba en las mejillas; la
sombra marcaba los ángulos de su boca, y sus la-
bios, que ordinariamente caracterizaba una mueca
desdichosa, entreabiertos á la sazón, dibujaban una
sonrisa hija de su alma. Un reflejo iluminaba su bar-
ba; y la sombra del cuello parecía jugar á cada
movimiento de su cabeza. Estaba verdaderamente
encantadora con sus facciones perdidas en la clarid-
ad procedente de las arañas y borrada la línea del
rostro por la felicidad infantil.

—Está V. muy linda esta noche, Renata.

—¡Ah! ¿Esta noche?

—Confesaré francamente á V. que en estos últi-
mos tiempos tenía un rostro tan disgustado y tris-
tón... El placer le sienta mucho mejor!..

—¿Valga V.?

—Como si aprendiera, muy mal... Pero hace un
momento se había V. negado.

—¡Yo! Pues si tengo una gana horrible de bailar...
Pero, tiempo nos queda... No mire V. el reloj, que
no quiero saber qué hora es... Créa V. que estoy
alegre... Es que soy feliz, muy feliz... Mire usted,
Donaire... Usted que anda tanto por París, va á ha-
cerme un encargo... A las primeras cinco viejas que
encontré vendiendo cerillas, díles V. á razón de un
Luis... Ya se los daré yo de mis economías... no lo